



Sylvia

Howard Fast

Un detective en momentos bajos recibe, por parte de un millonario, el encargo de indagar en el pasado de una joven y bella mujer con la que pretende casarse. Pero lo que al principio se presenta como un mero rutinario y bien pagado trabajo, se convierte, a medida que el detective profundiza en el pasado de la mujer, en una deriva fascinante, insólita, absorbente.

Primera parte

Los Angeles

1

La mayoría de personas suele persistir en lo que habitualmente hace. Lo de ayer lo seguirán haciendo hoy y es muy probable que lo sigan haciendo mañana. Es exactamente lo que a mí me ocurre. Llevo una vida trillada y sin sentido, con un trabajo sórdido, miserable y rutinario. Cuando llego a reunir algún dinero me aparto de los encargos realmente sucios y acepto solo los medianamente sucios, lo que me permite experimentar al menos cierto sentimiento ético, aunque resulte tan vacío como todo lo restante en mi vida. Y, entretanto, sigo soñando, como tantos de mi clase, en alcanzar algún día algo que sé es improbable.

¡Qué absurda y desmotivada vida laboral la mía si al final no llega a ningún puerto! En este sentido soy afortunado de, una vez al menos, haber obtenido algo, y una vez ya es mucho. Fue cuando Sylvia West entró en mi vida y yo entré en la de ella.

Mi nombre es Alan Macklin. Mido un metro ochenta, tengo el cabello y los ojos oscuros y mi aspecto no es mejor ni peor que el de la mayoría de humanos. Nací en Chicago en 1923^[1], me comporté como la mayoría de niños y fui lo suficiente patriota como para enrolarme en el ejército tres días después de Pearl Harbour. Cinco años y cuatro días después me licenciaron honorablemente. Regresé a Chicago, me inscribí en la Universidad y logré un trabajo a tiempo parcial en una fábrica del ejército. Me especialicé en historia antigua y aspiraba a ser profesor en un pequeño colegio cuando me graduara, pero finalmente no fue así.

Cuando me gradué había ahorrado suficiente dinero para poder pagar el entierro de mi padre y mi madre. La casa en que vivíamos en el North Side se incendió y ambos murieron en la cama.

Si estuve yo de suerte o no lo estuvieron ellos, depende de cómo se mire. Pienso que hay modos peores de morir y el médico de la policía me dijo que ambos habían tragado tanto humo que no habrían llegado a sentir las llamas. Dado que sus cuerpos fueron hallados en la cama, hice el esfuerzo de creerle.

Ya no tenía, pues, familia. Ni hermanos ni hermanas ni tíos ni tías: solo me tenía a mí mismo. En esa tesitura me hallaba cuando supe de Sylvia. Ella estaba sola, como yo.

Permanecí en Chicago otro mes y luego compré un billete de tren para Los Angeles. Ocho años después todavía me hallaba en Los Angeles, más viejo y no demasiado más sabio pero con la experiencia de saber convivir con la soledad y el hastío. Tenía una pequeña oficina en Rodeo, junto a Whilshire, un Ford convertible de 1956 y un pequeño estudio en West Hollywood. También disponía de tres trajes, dos pares de pantalones, un abrigo y una dirección en Beverly Hills. Atrás quedaba un matrimonio que había durado tres meses y me había dejado un mínimo de amargura, tenía a media docena de personas a quienes llamar amigos. Supongo que se puede estar aún peor. El 12 de Agosto de 1958 me hallaba sentado en mi oficina —calurosa, sin aire acondicionado— calibrando cómo pagar, con los recursos de mi cuenta corriente, dos meses de alquiler, uno que debía y otro atrasado, cuando sonó el teléfono. Era Frederick Summers. Me pidió si podía venir a verle a su despacho a las tres de la tarde. Le contesté afirmativamente.

2

Llegué cinco minutos antes de las tres. El despacho se hallaba en el centro de la ciudad, en uno de los más antiguos y notables inmuebles. El título en la puerta rezaba: Frederick Summers. Solo eso, pero la oficina era amplia, tenía aire acondicionado, excelentes muebles con tapizado de moderno de paño danés color pastel y un suelo de vinilo. Una guapa rubia atendía en la recepción. Su piel clara hacía juego con la blanca mesa en la que descansaban dos teléfonos gris pálido, cada uno con su correspondiente panel de botones y luces. A ambos lados habían dos pequeños recintos en donde se hallaban, en uno, un hombre inclinado sobre sus libros de cuentas y, en el otro, una chica que escribía a máquina. La iluminación penetraba por un techo de vidrio blanco y las paredes aparecían tapizadas con paño color gris perla.

—Hemos acabado de decorarlo hace muy poco —dijo la rubia al verme que observar el recinto—. ¿Le gusta cómo ha quedado, señor Macklin? Porque es usted el señor Macklin, ¿verdad?

—Sí, soy Macklin —señalé los cuadros en la pared—. Son Mirós, ¿no? ¿Auténticos?

—Por supuesto. El señor Summers no hubiera permitido reproducciones. Puede entrar ya, si quiere. Me han ordenado que le hiciera pasar en cuanto llegase.

La chica pareció admirar el hecho de que pudiese reconocer un Miró, aunque no tanto que hubiera dudado. Alguien que conociese al señor Summers como ella no debía haber dudado. Cogió uno de los teléfonos, pulsó un botón

y anunció al señor Summers que el señor Macklin había llegado. Había una sola puerta frente a la entrada y Summers la abrió antes de que yo la alcanzase.

Nos dimos la mano y entramos, sentándome yo donde Summers me indicó. La decoración de su despacho era austera, todo a base de pintura blanca y cuero negro. Un amplio ventanal tras su escritorio daba a Freeway, con las montañas al fondo. Summers era una o dos pulgadas más alto que yo y tenía anchos hombros y unos diez o veinte años más. Ojos azules, rostro de osamenta marcada y una ancha boca. Llevaba el cabello gris muy corto, porque le gustaría así o porque le haría parecer más joven. La camisa le habría costado más de veinte dólares, el traje estaba hecho a medida y sus zapatos eran negros, de piel de cocodrilo. En general era un apuesto, pulcro y bien vestido individuo, con aplomo y cuidado lenguaje. Sentado a su mesa, con la luz dándome de cara, empleamos un minuto entero en observarnos mutuamente.

—Se trata de un asunto delicado, Macklin, entiéndalo —dijo al fin.

La situación y relación entre ambos las había planteado él. Yo era Macklin; él era el señor Summers. Le aseguré que era un experto en asuntos delicados, pero imaginé que habría indagado y que las referencias que le habrían dado, cualesquiera que fueran, le habrían bastado.

—Sí, así es —admitió—. ¿Qué sabe usted sobre mí, Macklin?

—Nada.

—¿No ha consultado el *Quién es Quién*?

—Sí, lo hice.

—No soy tan importante para aparecer ahí. Soy rico, pero no poseo suficiente fama o infamia. ¿Me buscó en *Dun & Bradstreet*?

—Sí.

Alzó una ceja.

—¿Está usted suscrito?

—Un amigo mío lo está.

Sonrió y me animó a decirle lo que sabía.

—Sé que goza de excelente posición económica.

—¿Lo dice por lo de afuera? —señaló con su mano.

—Posee una lujosa oficina y dos Mirós auténticos. La deducción es fácil, señor Summers.

—Tiene razón, supongo —sonrió de nuevo. Era una sonrisa controlada aunque también simpática—. Déjeme decirle algo sobre mí y luego hablaremos de usted. Mi padre fue Charles Summers, y su nombre sí estaba en el *Quién es Quién*. Fue presidente de California General Petroleum y cuando falleció su considerable herencia fue dividida entre mi hermano y yo. Eso ocurrió hace diecisiete años. La muerte de mi padre me hizo rico pero aún soy más rico ahora. En cierto sentido no llevo un negocio concreto pero mis actividades son lo suficientemente amplias como para exigirme una continua e inteligente atención. Le digo esto porque, como verá, es esencial para nuestro asunto.

Hizo una pausa para coger, de una caja de cristal de su escritorio, un cigarrillo que me ofreció y encendió cuando acepté. Como su sonrisa, sus maneras eran calculadas y seductoras.

—¿Cuáles son mis actividades? —continuó—. Bien. Tengo alguna propiedad, un rancho, un terreno cedido para prospecciones petrolíferas, algún local en el centro de la ciudad y un apartamento en Brentwood. También una buena extensión de terreno virgen en San Diego, por valor de tal vez dos millones. Tengo valores realizables, no podría especificar cuántos, pero que equivaldrán a más de 10 millones. Y algo similar en bonos, aparte de inversiones aquí y allá que no voy a especificar. Tengo mi hogar en Beverly Hills. Poseo una casa en la playa de Santa Mónica, un bungalow en Arrowhead Lake y un pequeño yate con una tripulación de cuatro personas. Poseo también un establo con caballos, aunque no tengo tiempo de ocuparme de él. Le he enumerado todo esto no para impresionarle con mi patri-

monio, hay mucha gente bastante más rica que yo, sino para darle a entender que soy alguien muy rico y debo administrar esta floreciente fortuna.

Afirmé con la cabeza y le dije que estaba impresionado.

—Por supuesto que lo está —sonrió; te podía dejar igualmente desarmado que seducido—. Yo mismo me impresiono cada vez que se lo cuento a alguien. Déjeme añadir a la lista una hija de 17 años. Su nombre es Clara. Es guapa, tiene largas piernas, pero es un caso perdido: posee las desagradables cualidades de toda hija de rico. La culpa la tengo yo. Entiéndame: la quiero mucho, pero la veo tal cual es. Espero que mejore con la edad, algunas lo hacen. Digo que la culpa la tengo yo porque mi mujer murió de cáncer hace doce años. No me he vuelto a casar y no tenía intención de volverlo a hacer hasta ahora. Durante estos años he procurado escapar al abatimiento viviendo una vida interesante y a menudo divertida. Lo de la vida hueca, vacía, de los ricos es un cliché. Si uno tiene suficiente dinero, cierto grado de inteligencia y buena salud, la vida no resulta en absoluto vacía.

Le escuché atentamente. Me interesaba más el trabajo que me daba y el anticipo que la historia de su vida. Pero escuché con atención y asentí con la cabeza en los momentos pertinentes.

—Esto en cuanto a mí —dijo—. Hábleme ahora de usted.

—¿Qué quiere que le diga, señor Summers? Soy un investigador privado y trato de vivir de ello.

—Un «husmeador», vaya.

—No me gusta nada esa denominación, señor Summers. Suena a confidente policial. Los niños, jugando a esto, nunca se llaman así.

—Lo tendré en cuenta —afirmó Summers con seriedad, moviendo la cabeza.

—Es como llamarle a usted plutócrata o rey de las finanzas.

—Ya. ¿Y cómo se metió a investigador?

—Soy graduado en historia antigua.

—¿Historia antigua? Eso no pega ni por asomo. ¿A qué universidad fue?

—A la de Chicago, señor Summers. Cuando me licencié fui a la Universidad de Los Angeles, donde me aseguraron un puesto de profesor si reunía las condiciones requeridas. Pero sucede que me gusta comer. Escribí a seis anuncios en busca de empleo. El sexto era la Agencia de Jeffrey Peters y allí me contrataron. Así que me hice investigador.

—¿No siguió interesado por el puesto de profesor?

—No, lo dejé estar.

—¿Le despidieron de la agencia Peters?

—En absoluto. Tendrá usted que saber que en este duro y sucio negocio si te despiden de Jeffrey Peters ya no tienes nada que hacer.

—Muy bien, Macklin. ¿Por qué, pues, abandonó Peters? Le pagaba 150 a la semana. No creo que los gane ahora.

—Me gusta usar mis propios trajes.

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo entiende, señor Summers? Pues que dejé Peters porque quiero ser mi propio jefe.

—Sí, esto es lo que Peters dijo.

Le contemplé unos segundos antes de decirle que no me gustaba que me tomasen el pelo.

—Me gusta sudar lo que gano. No me vacile señor Summers: ¿me va a encargar algún trabajo o me pongo el sombrero y me marcho?

—Parece que le he disgustado, que he dejado de caerle bien de pronto, señor Macklin.

—Le seré honesto —le dije—. No es usted, señor Summers. Es que no me gusta esta forma de ganarme la vida ni las personas que me pagan.

—¿Por qué no se dedica, pues, a otra cosa?

—Vivo en la pobreza y podredumbre del mismo modo que usted en la riqueza y el lujo, señor Summers. Me he ha-

bituado a ello, diciéndome siempre a mí mismo que el semestre próximo me pondré a hacer méritos para el puesto de la Universidad. Pero ya es tarde. Llevo ocho años en Los Angeles. Ahora, dígame: si conoce a Peters, ¿por qué no le encarga el trabajo? Tiene una gran plantilla, veinte personas y unos contactos que yo nunca tendré.

—Quise encargárselo a él, pero le exigí que el caso lo llevara una única persona que me diera cuenta a mí en exclusiva y me dijo que él no trabajaba así, que no podía poner a alguien en un asunto y no saber lo que hacía.

—Cierto.

—Así que le pedí me recomendase a alguien y me recomendó a usted.

—¿Le dijo el motivo?

—Me dijo que tiene cerebro y sabe mantener la boca cerrada.

Era lo mejor que nunca había dicho Peters de nadie, pues habitualmente lo que hacía era calumniar, y por primera vez en todo el día me sentí bien conmigo mismo.

—Si habla de nuevo con él dele las gracias. No soy el tipo más encantador que pueda encontrar, pero sé hacer mi trabajo. ¿Qué desea que haga?

No me dijo nada; solo tomó una foto de su escritorio y me la entregó. La tenía delante suyo, por eso yo no había reparado en ella, aunque sí me había fijado en la bonita filigrana de su marco dorado, un marco muy especial que nunca había visto antes. La foto era de una mujer de veinticinco o algunos años más, un delicado y atractivo retrato que mostraba la cara y los hombros. Fue la primera foto de Silvia que vi. Aún guardo la copia. Summers no me interrumpió. Me dejó mirar a mis anchas la foto y aguardó silencioso a que dejase de hacerlo. La foto mostraba a una mujer muy hermosa, su cabeza se alzaba de manera regia y sus hombros eran blancos, amplios y finos. Pero ¿qué más se podía decir aparte de esto? Ninguna descripción en este mundo hay más manida que la del rostro de una mujer be-

lla, y respecto a Silvia lo que importaba era la cualidad general de la cara más que sus facciones una a una. No se parecía a otras bellezas: era única. Se podría decir que sus gruesos labios presentaban un cariz de malhumorado descontento; pero esto no significaba nada pues los labios, la nariz, la ancha frente y el negro cabello solo eran expresivos tomados en conjunto. Era un rostro móvil, vivo, que parecía, en la foto, ansioso, irritado, exigente, y, con todo, y aunque contradiga lo dicho, también satisfecho. Miré el retrato con el mismo placer que los hombres debían experimentar al mirar a esa mujer. En mi mente le otorgué colorido, emoción y calidez. Imaginé las oscuras cejas frunciéndose con perplejidad o indignación. Imaginé las ventanas ligeramente abiertas de la firme y recta nariz contrayéndose de emoción, placer o rabia. Me sentí atraído hacia ella como si se hallara presente en el despacho y debí efectuar cierto esfuerzo de voluntad para reprimir el impulso.

Miré a Summers, que me contemplaba con curiosidad.

—¿Y bien?

—Admirable soporte —dije deslizando los dedos por el afiligranado marco dorado—. ¿Es sumeria? Me refiero a la orfebrería.

—Eso me dijeron. Me hicieron el marco en Bagdad. Me aseguraron que la filigrana tenía cuatro mil años.

—Probablemente los tenga.

—Ya que es usted un experto en cosas bellas, Macklin, ¿conoce a esa mujer?

Sacudí la cabeza.

—No. Nunca antes la había visto.

—¿Cuál es su impresión, Macklin?

—Solo es una foto. Tendría que verla en persona para hacerme una idea.

—Me temo que no podrá ser.

—Bueno, es una belleza. Pero decir eso es algo obvio.

—Es verdad —dijo Summers sonriendo.

—Una mujer inusual, imagino. ¿No es así? ¿Quiere hacerme jugar a las adivinanzas?

—Es usted muy quisquilloso. Solo quería que viera la foto, eso es todo. Aquí tiene una copia. El resto son instantáneas.

Me entregó la copia y seis instantáneas de la misma mujer.

—Guarde las fotos —me dijo inclinando la cabeza—. El nombre de la dama es Sylvia West. Ha accedido a ser la futura esposa de Frederick Summers. Nos casaremos el veintiséis de octubre.

—Felicidades —le dije.

—Gracias —contestó.

Hizo luego una pausa como si estuviese pensando algo que quisiera decirme. Yo aguardé hasta que el silencio devino incómodo. Me extrañó que no me largara el historial familiar de la mujer ni me hiciera mirar las instantáneas.

—Eso es todo, Macklin.

—¿Entonces, qué he de hacer?

Tras estudiarme un instante con embarazo, se alzó y se dirigió a la ventana. De espaldas a la misma me dijo.

—Quiero que averigüe quién es Sylvia West.

No era el tipo de declaración a la que pudiera replicar o añadir un comentario, así que no dije nada y aguardé mientras miraba las instantáneas. Una era de Sylvia en traje de baño, de rodillas en el borde de una piscina, su propiedad en Beverly Hills, supuse. Tenía una bonita figura pero no para ganar un certamen. Poseía largas piernas; no eran delgadas pero tenían calidad de cuchillas, si decir eso tiene sentido. Y poseía un henchido pecho. En suma: una figura sana y fuerte. Una de las instantáneas la mostraba con su negra cabellera agitada al viento y con destellos de espuma marina en el rostro. En otra aparecía de cuerpo entero, de perfil, contemplando algo; en otra jugaba a golf; en otra se le veía la cara y los hombros mientras estaba en el yate; y en la última se la veía durmiendo sobre la hierba, con

postura de niño fatigado, las piernas sueltas e inocentes, un mechón de cabello sobre el rostro.

Summers se apartó de la ventana y me espetó:

—Maldita sea, Macklin: ¿sabe lo que estoy diciendo?

Fue el único arrebato de ira o enojo que se permitió, y lo reprimió nada más producirse.

—Lo siento, me temo que no —contesté.

—Muy bien. Tal vez lo he expuesto mal —se sentó a su mesa de nuevo y se inclinó hacia mí.

—Conozco a Sylvia West desde hace un año. O menos: desde octubre. Me la presentaron en una fiesta que dio Bennett Hall. ¿Le conoce?

—Era una gran estrella cuando yo era niño. Su nombre me evocaba un dormitorio de colegio tipo Bennington. Me lo evoca aún.

—Le caería bien si le conociera. Es agradable, educado y culto, y sus fiestas son fiestas, no juergas. Me gusta el negocio del cine, Macklin, y me gusta estar con gente del cine. Una vez invertí dinero y obtuve beneficios, aunque trato de separar mis negocios de mis diversiones. En cualquier caso, conocí a Sylvia West en su casa y a partir de aquí nos vimos con frecuencia. La encontré deliciosa, una rara combinación de belleza e inteligencia, no una mujer fácil de conocer o comprender, ni bajo ningún concepto una mujer corriente. Es lista, mucho más de lo que parece, mucho más, de carácter vivo, en ocasiones melancólica y en ocasiones alegre...

Escuché la monótona y etérea descripción, la imagen robot que alguien como Summers podía hacer de una mujer, las pedestres palabras que ni evocaban ni describían, tan solo clasificaban en un archivo sin apenas espacio, en un armario lleno de trajes, palabras y prejuicios. Escuché mirando a Summers, adivinando, casi, lo que me iba a decir.

—¿... Ha leído mucho, le gusta la literatura? No leo mucho últimamente pero lo hice cuando iba a la escuela. Syl-

via ha publicado un libro de poemas. ¿Le gusta la poesía?

—Algo.

—*Luna sin luz* se titula el libro. ¿No toma nunca notas, Macklin?

—Tengo buena memoria. Tampoco llevo pistola. Ni poseo ninguna. Así me siento protegido. Me estaba hablando de Sylvia West.

—Sí, disculpe. Total, que acabé por enamorarme. Le pedí que nos casáramos y aceptó. Pero daba por supuesto que alguien como ella tendría raíces, entorno, vínculos, un pasado estructurado, familia, aunque fuera un primo segundo en alguna parte, un lugar de nacimiento, una población, una ciudad, algún amigo de infancia, una partida de nacimiento al menos.

—Parecería razonable —afirmé.

—Pues no hay nada de eso.

—¿Cómo?

—Sí, sí, así de claro. Le he hablado lo suficiente de mí como para que entienda el trance en que me encuentro. No soy alguien corriente. Nadie verdaderamente rico lo es. ¿Cómo puedo casarme con una mujer bajo tales circunstancias?

—¿Y por qué no?

—¿Quién es ella? ¿Está casada? ¿Qué era antes? ¿Qué ha hecho?

—Pues pregúnteselo —sugerí.

—Se lo he preguntado.

—¿Y le ha contestado?

—Sí.

—¿Y no la cree?

—No, Macklin. No la creo.

—No es asunto mío pero ¿importa tanto eso en un matrimonio?

—Me gustaría que me cayera usted bien, Macklin —dijo pausadamente—. Y así tendría que ser si de verdad es tan bueno como Peters afirma. No estamos aquí para discutir